

**E**n sueños, tengo la certeza de despertarme en una casa junto al mar donde he pasado toda la noche con la mujer a la que amo, viviendo momentos de absoluta felicidad. El ruido de las olas nos ha acompañado primero durante la vigilia y a continuación durante el reposo, abrazados en la calidez de nuestros cuerpos desnudos.

En cambio, me despierto en una habitación de hotel en París y, si bien soy consciente de que he estado soñando, sigo oyendo el delicado rumor de las olas.

*¡Pero si en París no hay mar!*

Enfrentado a esta verdad ineludible, percibo con claridad creciente los ruidos callejeros típicos de las grandes metrópolis.

Son las siete y veinte. El despertador está puesto a las ocho, pero, cada vez con mayor frecuencia, me despierto antes de que suene. Hoy, sin embargo, esta anticipación es algo menos misteriosa. Anoche llegué agotado de la intensa jornada y del viaje, de manera que me metí en la cama sin cenar alrededor de las diez y me dormí de inmediato. Cuando no ceno, sucede lo mismo que cuan-

do estoy a dieta: me cuesta menos levantarme ante la perspectiva de un buen desayuno.

Quizá el auténtico motivo de mi despertar prematuro sea la cita a la que debo acudir hoy. La más importante de mi vida. Todavía no puedo saber a ciencia cierta lo que sucederá, pero la emoción que me embarga en este momento tiene la misma fascinación enigmática de las madrugadas en que me levantaba para averiguar si habían llegado los regalos de Navidad. Permanezco un rato en la cama sumido en estas reflexiones. Sólo me levanto un instante para descorrer las cortinas, pero acto seguido me apresuro a arrojarme de nuevo con las sábanas. Me gusta disfrutar de la tibieza de esos primeros momentos del día. Me ayuda a adentrarme gradualmente en lo que me espera. Echo un vistazo fuera de la ventana y admiro el cielo y los tejados de París. Unas cuantas nubes se mueven veloces. Ordeno mis pensamientos y analizo un poco mi vida. A esas horas de la mañana suelo vivir momentos de gran intimidad. Mucho más que de noche. Cuando me voy a la cama pienso a menudo en mis cosas, pero con el paso de los años he descubierto que por la mañana tiendo a ser más benévolo conmigo mismo. Más ecuánime. Si me despierto pronto me quedo en la cama atento al más leve ruido. Incluso a los que percibo en mi interior. Escucho los de la casa, en ocasiones los que hacen los vecinos, o los que me llegan desde la calle. Hoy, en cambio, los ruidos son diferentes. Puertas que se cierran, grifos abiertos en la habitación contigua, conversaciones en idioma extranjero en el pasillo. Lo que en un principio pensé que era el mar es en realidad la furgoneta que limpia las calles. La gente de este hotel es muy madrugadora.

Suena el despertador. Decido levantarme. Me ducho y me visto. Estamos en septiembre. Hoy, en concreto, es 16. Mirando por la ventana no consigo dilucidar si el tiempo cambiará y nos traerá la lluvia. En el pasado siempre me dirigía a mi abuela para resolver esas cuestiones; ella jamás erraba el tiro. Solía decir: «Me duelen las piernas, mañana lloverá». Y así era. De niño tenía una imagen de la Virgen que cambiaba de color con las variaciones del tiempo, pero las piernas de mi abuela eran mucho más fiables.

Abro la ventana. Si bien no parece hacer mucho frío, cojo en cualquier caso un suéter.

Mi madre me regaló una secadora hace dos meses. En mi casa ya no se tiende. Ahora bien, desde que la uso la ropa me queda pequeña. La camiseta con la que he dormido me llega justo por debajo del ombligo y los calzoncillos que me acabo de poner me aprietan un poco. Ese aparato encoge a la vez que seca. En cualquier caso, estoy muy contento de que me la haya regalado porque el método que usaba antes era pésimo. Amontonaba la ropa sobre el tendedero de forma que ésta se iba secando a trozos durante la semana: primero una manga, luego el cuello, a continuación el resto. Lo peor de ese sistema era que el día que sudabas olías a rayos. A perro mojado.

En lugar de desayunar en el hotel prefiero ir a uno de mis locales preferidos: Le Pain Quotidien. Estoy cerca del Centro Pompidou, de manera que decido dar un paseo hasta la Rue des Archives, donde se encuentra dicho establecimiento. Le Pain Quotidien es una cadena de tiendas con sucursales en todo el mundo. Todos los locales son idénticos: el suelo, las mesas, las sillas, los armarios y la barra son de madera clara, la típica de Europa del nor-

te. Mientras comes te sientes como una ardilla en el bosque. Café con leche, capuchino, café americano, todo servido en cuencos, como solía hacer mi abuela.

He pedido un zumo de naranja, un café americano y un bollo. Si hay algo que recuerda el hecho de estar en París es el olor a mantequilla que te impregna las manos durante todo el día después de haber comido un cruasán para desayunar.

El establecimiento está abarrotado. En las mesas cercanas, además de francés, se habla alemán, portugués e inglés.

Me pongo el suéter. Ha refrescado.

Al otro lado de la calle hay un Starbucks con sus consabidos sofás y sillones en el escaparate. En cuántos lugares del mundo me habré sentado en uno de ellos para leer un libro o escribir en el ordenador. Sobre todo cuando el avión que debía llevarme de vuelta a casa salía tarde y yo tenía que dejar libre la habitación del hotel a las once de la mañana. Esos días el café se convertía poco menos que en mi casa; llegaba incluso a echar una cabezadita arrellanado en uno de sus sillones.

He quedado a las once en el jardín de Luxemburgo. Ni siquiera son las diez, de manera que, como no estoy muy lejos, decido ir a visitar uno de mis rincones preferidos: la Place des Vosges. Cada vez que la contemplo me conmuevo. Paseo por el Marais. Septiembre es uno de mis meses preferidos. Adoro las estaciones en que uno va buscando el sol mientras camina, en que cruza la calle huyendo de la sombra para caldearse. Es mucho mejor que tener que atravesarla en verano tratando de esquivar el sol. A esa hora, en la Rue des Francs Bourgeois el astro está a la derecha.

Llego a los jardines de la Place des Vosges y me siento en un banco bajo un árbol junto a una de las cuatro fuentes. El aire es fresco. Extiendo los brazos sobre el respaldo y, con los ojos cerrados, alzo la cara para dejarme acariciar por la tibieza de los rayos del sol. Poco después oigo el crujido de unos pasos sobre los guijarros. Abro los párpados. Es una chica. Se sienta en el banco de al lado, abre su ordenador portátil y empieza a escribir. Es frecuente ver a la gente con sus ordenadores en los jardines; aquí es posible conectarse a Internet con *wi-fi*, por lo que muchos trabajan al aire libre cuando hace buen tiempo.

Por algún motivo las mujeres que pasean por París son diferentes. Todavía no he conseguido entender por qué me parecen más hermosas. Da la impresión de que la naturaleza las ha eximido de la vulgaridad del mundo. Quizá porque en su modo de vestir hay siempre un detalle íntimo. Su indumentaria las describe, las distingue. En ciertas ocasiones es un alfiler, en otras un sombrero, los guantes, una cinta, un collar, una determinada combinación de colores. Hay vestidos que sólo favorecen a las mujeres agraciadas y otros que, en cambio, sólo sientan bien a las de carácter afable. El que luce la chica sentada a mi lado, por ejemplo, revela muchas cosas sobre ella. Al parecer vive en un mundo propio en que se encuentra a sus anchas hasta el punto de que, cuando uno la mira, siente deseos de poder acceder a él.

Parece el tipo de mujer que compra en el mercadillo prendas baratas y que, gracias a su fantasía y a su capacidad para combinarlas, consigue vestirse de forma original. Ese tipo de mujeres no necesitan gastar mucho para ir bien vestidas: tienen ese don, resultan femeninas y *sexys* incluso con cuatro trapos. Y huelen a manzana.

En todas las ciudades donde he vivido siempre he tenido un lugar que he considerado «mío» durante un periodo. Uno de esos sitios donde se va a pensar, que nos transmite una sensación familiar de intimidad. A menudo es el primero con que me topo al visitar una ciudad nueva. En París es la Place des Vosges. Solía frecuentarla cuando vivía en esta ciudad, sobre todo los domingos, porque siempre había músicos tocando bajo los pórticos, la mayor parte de las veces piezas clásicas.

Caminar hasta aquí me ha sentado bien. Me ha ayudado a descargar la tensión que iba acumulando a medida que pasaba el tiempo y se iba acercando el momento de mi cita. En cualquier caso, sigo sintiendo cierta inquietud. Quizá sólo sea miedo. Me muevo como si estuviese desorientado, como si no fuese capaz de dominar la emoción, porque a medida que ésta aumenta me resulta más y más difícil controlarla. Siempre he sido un melancólico con vocación de persona alegre. Creo que la emoción que siento es más que comprensible: si esta cita resulta como espero, cambiará por completo mi vida.